

á través de las edades y no le hubiera indicado sobre la redondez de la Tierra el camino de Oriente á Occidente.

La disgregación del imperio de los Mongoles, apresurada por la entrada de las razas más diversas en las hordas guerreras, era inevitable cuando los odios religiosos llegaron á dividir geográficamente el país conquistado. Mientras que el grueso de la nación mongola transformaba en budhismo su chamanismo primitivo, los invasores de la China se acomodaban á las doctrinas de Confucio, los conquistadores del Turkestán y de la Irania se hacían mahometanos, y el ala europea de los ejércitos de invasión se dejaba penetrar un poco por la religión del Cristo. Pero la conservación de la unidad política se hizo completamente imposible cuando el centro de la dominación abandonó su lugar de origen en medio de la Tierra de las Hierbas. En tanto que el cerebro del imperio se halló en Karakorum, la homogeneidad geográfica de las extensas llanuras de Europa y de Asia pudo corresponder á un organismo histórico, pero, á consecuencia del atractivo natural que se produce sobre todos los pueblos en marcha, el gran movimiento de exodo de las tribus mongolas y de todas las que habían sido arrastradas en pos de sí, debía desviarse gradualmente hacia el Sud.

De ese mismo modo, muchos siglos antes, los pueblos bárbaros que asaltaron el Imperio Romano se sintieron atraídos hacia los ricos países del Mediodía por un imán irresistible, y después desaparecieron en la población conquistada cuando fueron sometidos á las influencias disolventes de un nuevo medio. Los Ostrogodos se perdieron entre los Bizantinos, los Lombardos se fundieron con los Celtas y los Latinos de Italia, los Visigodos se hicieron Provenzales, Languedocianos y Españoles, y los Suevos y los Alanos cesaron pronto de distinguirse de los Iberos de España, y en la Mauritania se buscan en vano las huellas de la invasión de los Vándalos. En cada país del Mediodía, detrás de cada muralla de montañas que forma como una especie de portezuela de paso ó de cierre, el pueblo invasor se disgregaba rápidamente, como una mosca caída en la corola de una flor carnívora.

El mismo fenómeno tuvo lugar con los Mongoles: también ellos

en todas sus expediciones conquistadoras se inclinaron en la dirección del Mediodía, hacia los dulces climas, hacia las campiñas fértiles y las ciudades opulentas. Los Señores de los señores, abandonando sus yurtas suntuosas, dejaron pronto tras de sí la Gran muralla y se establecieron en las fecundas llanuras del Pei-ho y del Hoang-ho para fundar la dinastía de los Yuen y habitar los palacios

edificados por los industrioses Chinos. Sólo por esto cesaban casi por completo de ser Mongoles y se convertían en Chinos. El protector de Marco Polo, Kublai-khan, que había fijado su residencia en Khanbalik, la «Ciudad del kan», que en nuestros días se denomina Peking ó «Corte del Norte», era todavía un Mongol por la energía de su voluntad y el orgullo de su raza, pero

era Chino por la cultura intelectual. Siendo de nación distinta, los Mongoles de la China llegaron á ser una casta privilegiada, detentadora de los títulos, del poder y de la riqueza. En razón de sus abusos de autoridad y no por su raza se hicieron odiosos al pueblo chino, y éste acabó por rebelarse, y después de una guerra de muchos años, el partido nacional, al que se habían negado los destinos y los honores, triunfó del partido de los funcionarios y de los soldados mongoles, y la dinastía puramente china de los Ming reemplazó la de los conquistadores del Norte. Encuadrada históricamente



Gabinete de las Estampas.

CABALLERÍA RUSA DEL SIGLO XII

entre emperadores mongoles y emperadores mandchues, esta familia ha permanecido popular hasta nuestros días en el espíritu de los nacionalistas chinos.

Al oeste de la Mongolia y de sus prolongaciones asiáticas se efectuaba una evolución paralela á la de la China: los khan tártaros de la «Horda de Oro» ó Kiptchak no estaban ya en comunicación directa con los campamentos primitivos de la Mongolia. Establecidos en su ciudad de Sarai, que bordeaba sobre una veintena de kilómetros de longitud la orilla izquierda del Achtuba, corriente lateral del bajo Volga, los khan no ejercían soberanía directa sino sobre las comarcas medio desiertas de la Rusia oriental, desde Kazan al Don, y sobre las orillas del mar Negro, especialmente en Crimea. Separados de sus hermanos de raza por la cuenca del Caspio y las soledades del Ust-Urt, tampoco tuvo relaciones mediatas con los Eslavos del centro y del oeste de Rusia: les dejaban gobernarse á su manera, guerrear entre sí ó hasta con el extranjero, siempre que pagasen el impuesto y se presentasen á rendir homenaje en Sarai, no siendo en realidad más que los arrendadores generales de las comarcas anteriormente conquistadas por los hijos de Djenghis.

Habían hecho una distribución natural de razas conforme á las condiciones del medio. Las poblaciones, en gran parte «allofilas», de las llanuras semi-asiáticas del Este, permanecían sometidas á los Mongoles Kiptchak, en tanto que los Eslavos de las regiones completamente europeas del Oeste continuaban viviendo bajo el gobierno de sus jefes de origen normando, dejando constituirse una monarquía poderosa en el Kremlin, en medio de las ricas poblaciones de las orillas del Moskva, después de haber fracasado en Souzda y en Wladimir<sup>1</sup>, y que, por mediación de las repúblicas de Novgorod y de Pskov, los Rusos comerciaban con las comarcas ribereñas del mar Báltico. El contraste geográfico oponía los agricultores á los nómadas: al Oeste, las «tierras negras», los países cubiertos de árboles y ondulados fijaban los habitantes al suelo y absorbían los huéspedes ó enemigos de paso; al Este, la estepa dejaba sin cohesión las tribus que la recorrían; pero éstas, por el hecho de su aislamiento, perdían

<sup>1</sup> Pierre Kropotkine, *L'Etat et son Rôle historique*.

gradualmente en fuerza: de un lado, los Rusos se engrandecían al Oeste, y de otro, se preparaba un nuevo retoño de irrupción asiática, á la vez turca y mongola, la de Timur. Cogido entre dos enemigos, lo que subsistía de la Horda de Oro fué exterminado por el «gran príncipe Ivan III, autócrata de toda la Rusia», y Sarai fué destruída en 1480, no quedando de ella más que ladrillos rotos, y



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

ANTIGUA FORTALEZA EN TIFLIS

los descendientes de los Tártaros, convertidos en súbditos rusos, se llaman actualmente Eslavos y lo son en realidad por la cultura y el pensamiento.

Entre la Horda de Oro y el reino de Hulagu, el Cáucaso permaneció insumiso y puede decirse que desarrollaba su existencia por partida doble. Las múltiples tribus caucásicas, encerradas en sus valles, se concentraban en sí mismas y conservaban una feroz independencia respecto de sus vecinos. Las guerras eran frecuentes y como los montañeses poseían todos, por debe y haber, una cuenta de venganza que ejercer y que sufrir, no podían traficar directamente y necesitaban hacerse representar por terceros que pudieran presen-

tarse en todas partes. Los Judíos solían desempeñar el lucrativo oficio de «viajeros francos», que les permitía presentarse en todo lugar sin temor á la muerte. Pero el pasaporte universal dado á los «Judíos de la montaña», análogo al que en la India se asegura á los mercaderes povindah, y que antiguamente pertenecía también á los Tsiganes de Europa, no dejaba de tener ciertos inconvenientes, porque todo se compra aquí bajo. Los soberbios Tcherkesses, los Lesghienses indomables que clavaban sus miradas como dardos en los ojos de sus adversarios, acogían naturalmente con cierto desprecio unos hombres que no llevaban un puñal en la mano y no sabían odiar como ellos, que se presentaban sonriendo siempre humildemente, inclinados, como para hacerse perdonar el olor del extranjero que aportaban en sus vestidos. El traficante judío había de resignarse al insulto, á las humillaciones, hasta á los ultrajes: su oficio no le aseguraba el respeto debido á los huéspedes. Había otros Judíos caucásicos que no ejercían la industria de intermediarios, que, en tantos países, se ha convertido en monopolio de su raza: unos grupos numerosos, especialmente en los altos valles del Daghestán, se dedican á la agricultura; son los labradores más inteligentes del país lesghiense, y en los mercados se disputa su rubia y su vino. Gracias á hábitos hereditarios, esos Judíos se parecen á aquellos de que nos habla la Biblia, que gustaban de vivir á la sombra de sus olivos y de sus higueras, y se distinguen singularmente de los mercaderes y de los prestamistas á la semana, por su espíritu de tolerancia y por su hospitalidad.

Hacia el centro del imperio mongol primitivo, las invasiones verificadas en los países turcos, y, más al Sud, en la Irania, tuvieron también como consecuencias grandes transformaciones étnicas. Los Turcos habían acabado por predominar, hasta entre aquellos que se creían con derecho á denominarse Mongoles, es decir, entre los khan de Djaggatai, cuyo territorio comprendía principalmente la parte actual del Turkeistán y de la Siberia, comprendida entre el Irtich y el Oxus ó Amu-daría. Esos campos que riegan grandes ríos y que fertilizan las tierras aluviales aportadas de los montes orientales Tianchan, Alai, Pamir, muy expuestos á la invasión y á la conquista, puesto que se hallan ampliamente abiertos al Norte hacia las estepas

de los nómadas, pueden, no obstante, repoblarse fácilmente una vez la paz restablecida. De ahí esos períodos sucesivos de prosperidad y de miseria por los cuales han pasado los «potamios» del Turkeistán, cuyo brillo intermitente puede compararse al de los faros de eclipses, que tan pronto emiten deslumbradores rayos de luz, como una vaga claridad. Hasta después del primer paso de los Mongoles, al principio del siglo XIII, el desierto no fué más que temporal.

Cuando Djenghis-khan tomó Samarkand por asalto, en 1219, degolló los 140,000 defensores y se creyó un vencedor clemente porque solamente mató 400,000 de sus habitantes pacíficos. Después de Samarkand, el Señor de los señores visitó Balkh, la «madre de las ciudades», donde se contaban mil doscientas mezquitas y doscientos baños públicos, cubriendo un espacio de 30 kilómetros de circunferencia. Todo fué arrasado, y cerca de allí, el suburbio de Siyagird se cambió también en un extenso campo de piedras que no ocupaba menos de 13 kilómetros de Norte á Sud<sup>1</sup>. En cuanto á los habitantes, sabido es lo que hizo el vencedor: levantáronse pirámides de cadáveres al pie de las murallas derruidas. Merv tuvo la misma suerte que Balkh, y sus residentes, llevados en procesión fuera de la ciudad, fueron asesinados metódicamente, como se matan en nuestros días los bueyes en los saladeros del Plata. ¡Y muchas otras ciudades fueron tratadas de la misma manera! La soledad se extendió desde el mar Caspio hasta el Pamir.

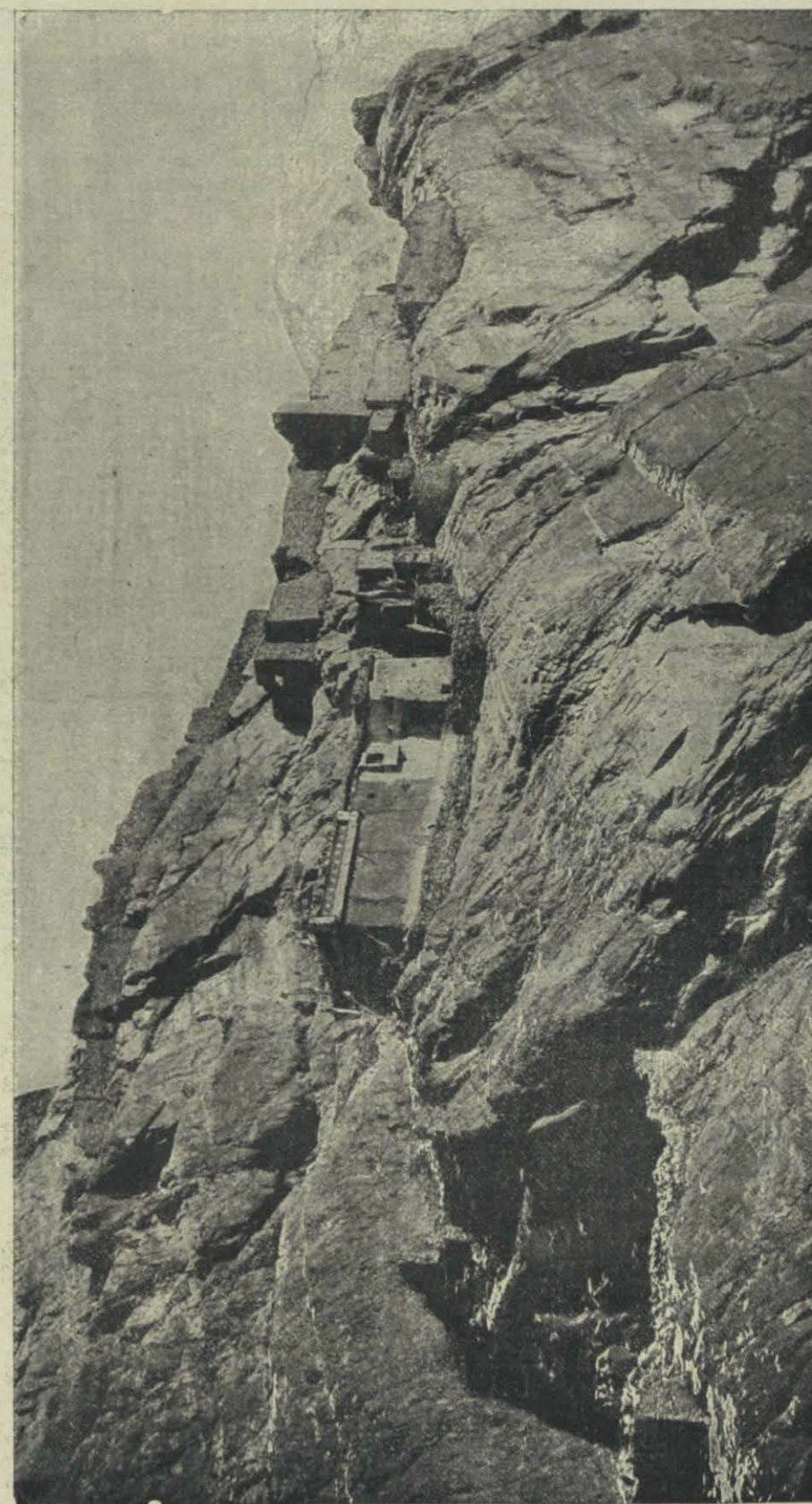
Y sin embargo, siglo y medio después el terrible «Cojo» Timourlenk ó Tamerlán pudo comenzar nuevamente las matanzas, de tal modo se había repoblado y enriquecido nuevamente el país. Un plazo de cuatro ó cinco generaciones había bastado para volver á ese país devastado la vida social, las industrias, la investigación científica y hasta la práctica de las artes.

Vuelta otra vez á ser capital bajo Tamerlán, Samarkand fué también la ciudad más hermosa del Oriente, como lo atestiguan los edificios maravillosos que el tiempo ha respetado. Los más bellos restos de la arquitectura irania se ven, no en la misma Persia, sino en las grandes ciudades del Turkeistán, y los que los hicieron edificar

<sup>1</sup> Grodekov, trad. por Ch. Martin, *From Herat to Samarkand*.

fueron precisamente esos hombres sin el menor cuidado de la vida humana, que no tenían en cuenta los gustos ni las voluntades de nadie. Era preciso que el sentimiento del arte y hasta el amor de la ciencia hubiesen sido bien espontáneos y eficaces en la generación anterior para conservarse de tal modo bajo el reinado de Tamerlán; de modo análogo hay seres entre los animales inferiores que continúan nutriéndose por un lado cuando son ya comidos por el opuesto. Algunas de las admirables mezquitas de Samarkand y de Bokhara, que hizo edificar Tamerlán, eran escuelas á las que acudían de todas partes los estudiantes. Cada ciudad creía aún, como antes de Djenghis-khan, ser una de las primeras ó la primera por sus instituciones científicas como por su belleza. Samarkand se decía la «Cabeza del Islam», y los soberbios restos de la *medressé* de Ulug-beg, que data de 1420, recuerdan que fué la escuela de matemáticas y de astronomía más famosa de todo el Oriente. En cuanto á Bokhara, también era una ciudad de saber, de un saber tan profundo, dice la leyenda, que «la luz sube de Bokhara, en tanto que fuera de allí la luz desciende del cielo». Pero ¿cuál era la parte de ciencia personal y desinteresada, y cuál la de la charlatanería y la de las repeticiones faltas de sentido? Al final del siglo XVIII Samarkand no era más que una ruina: allí no se veía más que un hombre, un pastor, durmiendo sobre la tumba del terrible rey cojo, y sobre la piedra se había grabado esta inscripción insultante para el rebaño de los hombres: «¡Si yo viviera, todavía temblaría el mundo!»

En la Irania como en el Turkeistán, el paso de los Mongoles aseguró por cierto tiempo el triunfo del Tourán, el del dios malo Ahriman sobre el dios bueno, el bienhechor. Un gran viento destructor de civilización pasó sobre los campos, que se cambiaron en estepas: se puede decir de los Mongoles lo que también se decía de los Turcos, que «cesaba de crecer la hierba en el suelo tocado por los cascos de sus caballos». Con Djenghis-khan y Hulagu, en la primera mitad del siglo XIII, y después con Tamerlán, en la segunda mitad del XIV, hubo como un diluvio de hombres que sumergió la población persa: parecía que hubiera de comenzarse de nuevo el largo trabajo de los siglos. Las dinastías nuevas hasta cesaron de tomar su punto de apoyo sobre la meseta de Irán; Tamerlán go-



De una fotografía de Sven-Hedin

CONVENTO TCHOVA EN TANSKI, EN LOS CONFINES DEL KACHMIR Y DEL TIBET

berno su imperio desde Samarkand y no desde ciudad alguna situada en la alta ciudadela del macizo iránico.

Hecho característico: los Mongoles no han dado al mundo civilizado más que un solo arte, ciertamente muy ingenioso, el de la cetrería; y el fenómeno se explica, porque en la Tierra de las Hierbas, de ilimitados horizontes, se hallan reunidas todas las condi-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

MEZQUITA ELEVADA SOBRE LA TUMBA DE TAMERLÁN

ciones necesarias para que este arte pudiera nacer y desarrollarse: el espacio es libre ante el cazador, lo mismo sobre la tierra que en el aire, y nada escapa á su ojo, ejercitado en la lucha por la existencia, de cuanto se mueve en el campo de su visión, sean rapaces del cielo ó caza de la estepa rasa ó de la maleza; aprende á conocer fácilmente los hábitos y costumbres de todos los seres que pululan en su rededor, ya que en parte alguna se encuentra mayor

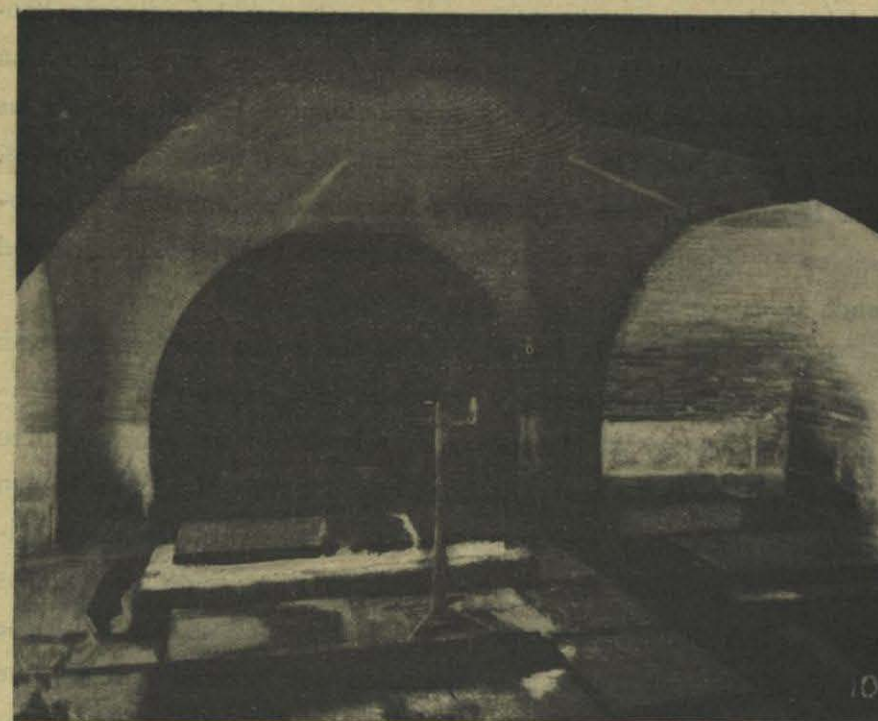
cantidad de aves de presa, buitres, águilas, milanos, halcones, gavi-lanes, alimoches, buhos, y esas especies tan numerosas no pueden vivir sino por la multitud de aves de bajo vuelo y de los animales que se cobijan bajo las piedras, en las madrigueras y bajo los arbus-tos. Eduardo Blanc <sup>1</sup> enumera más de cincuenta géneros de rapaces que viven en las estepas de la Mongolia occidental y del Turkestán, y casi todos se utilizan para la caza. Se domestican especialmente las hembras, que son más fuertes, más grandes que los machos y más fáciles de adiestrar. Los Turkmenios, á quienes los Mongoles han enseñado su arte, emplean hasta los rapaces de mayor talla, como las águilas, que lanzan sobre las zorras, las gacelas y hasta sobre los ciervos: el águila cae sobre su víctima, le saca los ojos y se aferra á su cabeza esperando la llegada del cazador. Se ha adies-trado también al buho en el Turkestán y en la Siberia meridional, pero sólo caza de noche, y para seguirle en la obscuridad se le ponen cascabeles en las patas y en la cola. Tan extendida está la cetrería en el Turkestán, que pobres y ricos emplean el halcón como auxiliar de caza. Los niños, desde su más tierna edad, aprenden á cazar con el cuervo y á ensayar con él los ejercicios que después han de practicar con el halcón y otros rapaces más nobles. De la Mongo-lia y del Turkestán la cetrería se extendió á todo el centro de Asia, á la India, al norte de Africa, á los países musulmanes y hasta Europa. Los señores feudales, vueltos de las cruzadas, se compla-cían en mostrar su destreza en esa diversión elegante y cruel, pero después de la invención de la escopeta, el halcón desapareció como el arquero.

Dueños de Persia, los Mongoles habían llegado también hasta la India; pero la gran distancia, los desiertos sin agua, las ásperas montañas y las groseras poblaciones de las mesetas y de los altos valles retrasaron la conquista definitiva de la península, y los supues-tos Mongoles que después se apoderaron de ella lo eran solamente por el orgullo de la descendencia. El camino de tierra, cortado por obstáculos naturales y defendido por los terribles Afghanes, solía quedar desierto por los mercaderes; pero, gracias á los marineros

<sup>1</sup> *Revue Scientifique*, 15 de Junio de 1895.

árabes, un movimiento comercial no interrumpido unía por mar las llanuras de la Mesopotamia y la franja del litoral persa á las riberas del mundo indico. Sin embargo, la gran escala del tráfico se des-plazaba frecuentemente á consecuencia de los hechos de guerra y de las vicisitudes locales.

En el siglo V se daban cita los barcos en la desembocadura del Eufrates, y hasta le remontaban; Massudi refiere que cada año ancla-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

INTERIOR DE LA TUMBA DE TAMERLÁN EN LA VIEJA SAMARKAND

ban juncos chinos en el río, para cargar las materias preciosas de Persia y de Arabia en cambio de los tesoros del Extremo Oriente. Cuando la expansión del mahometismo en el siglo IX, el emporio del gran comercio se hallaba á la puerta de entrada del mar Pér-sico, en la poderosa ciudad de Siraf <sup>1</sup>, que se elevaba en el sitio que ocupa en nuestros días la villa de Tcharak. Un cambio político ocurrido después desplazó la feria marítima en beneficio de la isla Kais (Qais, Kich, Geis), situada al Sudoeste, á dieciséis ó dieci-

<sup>1</sup> Véase el mapa n.º 366 en el capítulo siguiente, para conocer el emplazamiento de estas ciudades.

siete kilómetros de la costa persa. Al principio del siglo XIII Siraf estaba casi despoblada, y sobre la orilla septentrional de la isla Kais se elevaba una capital agitada, Harira, rodeada de palmeras, huertos y jardines; pero su prosperidad apenas duró un siglo, y, en 1320, la isla de Kais, completamente empobrecida, cayó bajo la dependencia de Ormuz, ciudad situada fuera del golfo Pérsico, pero á su misma entrada, en el brazo que le une al golfo de Oman. Ese gran mercado, que en un principio se hallaba sobre el continente, no lejos del punto donde se agrupan actualmente las casas de Bandar Abbas, cuando la ruina de Kais había sido ya transferido á un islote próximo del litoral, y allá se amontonaron las riquezas de las Indias y del lejano Oriente, en beneficio de los mercaderes árabes, hasta la época en que habiendo penetrado directamente los Europeos en el Oriente Indico se halló cambiado todo el equilibrio del mundo <sup>1</sup>.

Del otro lado de la Irania, al Occidente, los Mongoles habían arrasado también la comarca y trabajado con empeño en la extensión del desierto en la Mesopotamia, privada de sus canales; pero las montañas de la Armenia, de la Siria y del Asia Menor no habían podido convenirles, y sus conquistas no pasaron de efímeras cabalgatas. Otro pueblo conquistador se había establecido en aquellas comarcas inmediatas á Europa. Hacia 1225, una aglomeración de unos cincuenta mil Turcos, en previsión del huracán mongol que les amenazaba, y huyendo de las llanuras del Khorassan, conquistadas á los Persas orientales, tomó la dirección del Oeste, hacia las montañas de Armenia, donde los aventureros hallaron hermanos de raza, los Seldjucidas, que mandaban hacía siglos en el Asia Menor, cuya fuerza inicial de ataque se había ya agotado parcialmente. Los Turcos del Khorassan se hallaban todavía en su furor primitivo de riesgos y de combates; se hicieron campeones del sultán seldjucida de Konia, y bajo el mando de Ertogrul, recibieron en la Frigia del Noroeste un territorio que habían de defender contra el emperador de Constantinopla. De ahí la lucha sin tregua del guerrero nómada contra el agricultor pacífico, la guerra santa del mahometano contra

<sup>1</sup> Arthur W. Stiffe, *Geographical Journal*, Junio, 1896, p. 644 y siguientes.

el cristiano. Los Turcos combatían con extremado ardor, y en cada choque ponían á los mercenarios de Bizancio en completa derrota. Elevado á «sultán» por su propia cuenta el hijo de Ertogrul, Osman,

N.º 354. Territorio atacado por los Osmanlis.



1 : 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

El punto L indica el sitio que ocupaba Liegnitz. O el de Olmutz.

por cuyas venas corría más sangre griega que turca, adquirió tal gloria militar, que su pueblo, á partir de él, fué designado con el nombre de Osmanli.

Al final del siglo XIII, Orkhan, no menos afortunado que su padre, se apoderó de la magnífica Brusa, al pie del Olimpo de Bitinia, y